

graciosísimamente desiguales y algo puntiagudos como los de un perro cachorro.

Observábanse, no obstante, en tan gallardo ejemplar femenino rasgos reveladores de su extracción: la frente era corta, un tanto arre-mangada la nariz, largos los colmillos, el cabello recio al tacto, la mirada directa, los tobillos y muñecas no muy delgados. Su mismo hermoso cutis estaba predestinado á inyectarse, como el del señor Rosendo, que allá en la fuerza de la edad había sido, al decir de las vecinas y de su mujer, guapo mozo. Pero, ¿quién piensa en el invierno al ver el arbusto florido? Si Baltasar no rondó desde luego las inmediaciones de la Fábrica, fué que destinaron á Borrén por algún tiempo á Ciudad Real, y temió aburrirse yendo solo.

## IX

## LA GLORIOSA

**O**CURRIÓ poco después en España un suceso que entretuvo á la nación siete años cabales, y aún la está entreteniéndole de rechazo y en sus consecuencias, á saber: que en vez de los pronunciamientos chicos acostumbrados, se realizó otro muy grande, llamado Revolución de Septiembre de 1868.

Quedóse España al pronto sin saber lo que le pasaba y como quien ve visiones. No era para menos. ¡Un pronunciamiento de veras, que derrocaba la dinastía! Por fin el país había hecho una hombrada, ó se la daban hecha: mejor que mejor para un pueblo meridional. De todo se encargaban marina, ejército, progresistas y unionistas. González Brabo y la Reina estaban ya en Francia, cuando aún ignoraba la inmensa mayoría de los españoles si era el ministerio ó los Borbones quienes caían "para siempre", según rezaban los famosos letreros de Madrid. No obstante, en breve se persuadió la nación de que

el caso era serio, de que no sólo la raza Real, sino la monarquía misma, iban á andar en tela de juicio, y entonces cada quisque se dió á alborotar por su lado. Sólo guardaron reserva y silencio relativo aquellos que al cabo de los siete años habían de llevarse el gato al agua.

Durante la deshecha borrasca de ideas políticas que se alzó de pronto, observóse que el campo y las ciudades situadas tierra adentro se inclinaron á la tradición monárquica, mientras las poblaciones fabriles y comerciales, y los puertos de mar, aclamaron la república. En la costa cantábrica, el Malecón y Marineda se distinguieron por la abundancia de comités, juntas, clubs, proclamas, periódicos y manifestaciones. Y es de notar que desde el primer instante la forma republicana invocada fué la federal. Nada, la unitaria no servía: tan sólo la federal brindaba al pueblo la beatitud perfecta. ¿Y por qué así? ¡Vaya V. á saber! Un escritor ingenioso dijo más adelante que la república federal no se le hubiera ocurrido á nadie para España si Proudhon no escribe un libro sobre el principio federativo y si Pi no lo traduce y lo comenta. Sea como sea, y valga la explicación lo que valiere, es evidente que el federalismo se improvisó allí y doquiera en menos que canta un gallo.

La Fábrica de Tabacos de Marineda fué centro simpatizador (como ahora se dice) para la *federal*. De la colectividad fabril nació la confraternidad política; á las cigarrerías se les abrió el horizonte republicano de varios modos: por

medio de la propaganda oral, á la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una ó dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fué de las más apreciadas, por el sentido que daba á la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que merecían subrayarse, realizando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante á cada paso. Su alma impresionable, combustible, móvil y superficial, se teñía fácilmente del color del periódico que andaba en sus manos, y lo reflejaba con viveza y fidelidad extraordinarias. Nadie más á propósito para un oficio que requiere gran fogosidad, pero externa; caudal de energía incesantemente renovado y disponible para gastarlo en exclamaciones, en escenas de indignación y de fanática esperanza. La figura de la muchacha, el brillo de sus ojos, las inflexiones cálidas y pastosas de su timbrada voz de contralto, contribuían al sorprendente efecto de la lectura.

Al comunicar la chispa eléctrica, Amparo se

electrizaba también. Era á la vez sujeto agente y paciente. A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos. La fe virgen con que creía en la prensa era inquebrantable, porque le sucedía con el periódico lo que á los aldeanos con los aparatos telegráficos: jamás intentó saber cómo sería por dentro; sufría sus efectos, sin analizar sus causas. ¡Y cuánto se sorprendería la fogosa lectora si pudiese entrar en una redacción de diario político, ver de qué modo un artículo trascendental y furibundo se escribe cabeceando de sueño, en la esquina de la mugrienta mesa, despachando una chuleta ó una ración de merluza frita! ¡La lectora, que entendía cómo sonaba aquello de "Tomamos la pluma trémulos de indignación", y lo otro de "La emoción ahoga nuestra voz, la vergüenza enrojece nuestra faz", y hasta lo de "Y si no bastan las palabras, corramos á las armas y derramemos la última gota de nuestra sangre!"

Lo que en el periódico faltaba de sinceridad, sobraba en Amparo de crédulo asentimiento. Acostumbrábase á pensar en estilo de artículo de fondo y á hablar lo mismo: acudían á sus labios los giros trillados, los lugares comunes de la prensa diaria, y con ellos aderezaba y componía su lenguaje. Iba adquiriendo gran soltura en el hablar; es verdad que empleaba á veces palabras y hasta frases enteras cuyo sentido exacto no le era patente, y otras las tra-

bucaba; pero hasta en eso se parecía á la desaliñada y antiliteraria prensa de entonces. ¡Daba tanto que hacer la revuelta y absorbente política, que no había tiempo para escribir en castellano! Ello es que Amparo iba teniendo un pico de oro; se la estaría uno oyendo sin sentir cuando trataba de ciertas cuestiones. El taller entero se embelesaba escuchándola, y compartía sus afectos y sus odios. De común acuerdo, las operarias detestaban á Olózaga, llamándole "el viejo del borrego", porque andaba el muy indino buscando un rey que no nos hacía maldita la falta... sólo por cogerse él para sí embajadas y otras prebendas; hablar de González Brabo era promover un motín; con Prim estaban á mal, porque se inclinaba á la forma monárquica; á Serrano había que darle de codo; era un ambicioso hipócrita, muy capaz, si pudiese, de hacerse rey ó emperador, cuando menos.

Creció la efervescencia republicana mientras que transcurría el primer invierno revolucionario; al acercarse el verano subió más grados aún el termómetro político en la Fábrica. En el curso de las horas de sol, sin embargo, decaía la conversación, y entre tanto la atmósfera se cargaba de asfixiantes vapores y se espesaba hasta parecer que podía cortarse con cuchillo. Penetrantes efluvios de nicotina subían de los serones llenos de seca y prensada hoja. Las manos se movían á impulsos de la necesidad, liando tagarninas, pero los cerebros rehuían el trabajo abrumador del pensamiento; á veces una

cabeza caía inerte sobre la tabla de liar, y una mujer, rendida de calor, se quedaba sepultada en sueño profundo. Más felices que las demás, las que espurriaban la hoja, sentadas á la turca en el suelo, con un montón de tabaco delante, tenían el puchero de agua en la diestra, y á rociar, muy hinchadas de carrillos, el virginia, las consolaba un aura de frescura. Tendidas las barrenderas al lado del montón de polvo que acababan de reunir, roncaban con la boca abierta y se estremecían de gusto cuando la suave llovizna les salpicaba el rostro. Revoloteaban las moscas con porfiado zumbido, y ya se unían en el aire y caían rápidamente sobre la labor ó las manos de las operarias, ya se prendían las patas en la goma del tarrillo, pugnando en balde por alzar el vuelo. Andaban esparcidos por las mesas, y mezclados con el tabaco, pedazos de borona, tajadas de bacalao crudo, cebollas, sardinas arenques. Con semejante temperatura, ¿quién había de tener ganas de comerse la pitanza?

Por fin, á eso de las cuatro de la tarde, la refrigerante brisa marina comenzaba á correr: dilatábanse los oprimidos pechos, los dientes funcionaban despachando los humildes manjares, y le tocaba su turno á la lectura política.

Leíanse publicaciones de Madrid y periódicos locales. En la prensa de la corte se llevan la palma los discursos de Castelar, por entonces muy distante de haberse *gastado*. ¡Cuánta palabra linda, y qué bien que se enganchaban

unas en otras! Parecían versos. Es verdad que la mayor parte no se entendían, y que danzaban por allí nombres tan raros, que sólo el demonio de Amparo podía leerlos de corrido; mas no le hace: lo que es bonito, era muy bonito aquello. Y bien se colegía que la substancia del discurso era á favor del pueblo y contra los tiranos, de suerte que lo demás se tomaba por adorno y floreo delicado.

Cuando en vez de discursos cuadraba leer artículos de fondo, de estos kilométricos y soporíferos, que hablan de justicia social, redención de las clases obreras, instrucción difundida, generalizada y gratis, fraternidad universal, todo en estilo de homilía y con oraciones largas y enmarañadas como fideos cocidos, alterábase la voz de Amparo y se humedecían los ojos de sus oyentes. Leve escalofrío recorría las filas de mujeres, las cuales se miraban como diciéndose: "¿Eh? ¿Qué tal? ¡Este sí que lo habla!" Y leído el último párrafo, que terminaba anunciando el próximo advenimiento de una era de perfecta libertad y bienestar absoluto, solían cruzar las manos, sonriendo y sintiéndose tan relajadas en sus fibras, tan blandas y dulces como un plato de huevos moles. Trabajo les costaba reprimir los impulsos de abrazarse que se les iban y venían.

En cambio, si el escrito pertenecía al género bélico y tocaba á somatén, parecía que les daban á beber una mixtura de pólvora y alcohol. Montaban en cólera tan aina como se encrespan las olas del mar. Sordas exclamaciones

acompañaban y cubrían á veces la voz de la lectora. Era contagiosa la ira, y mujer había allí de corazón más suave que la seda, incapaz de matar una mosca, y capaz á la sazón de pedir cien mil cabezas de los pícaros que viven chupando la sangre del pueblo.

## X

## ESTUDIOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS

Más partido tenían en la Fábrica los periódicos locales que los de la corte. Naturalmente, los locales exageraban la nota, recargaban el cuadro; sus títulos acostumbraban ser por este estilo: *El Vigilante Federal, órgano de la democracia republicana federal-unionista; El Representante de la Juventud Democrática; El Faro Salvador del Pueblo Libre*. Y como, aparte de algunas huecas generalidades del artículo de fondo, discurrían acerca de asuntos conocidos, era mucho mayor el interés que despertaban.

No es fácil imaginar cuán honda sensación producía en el concurso alguna gacetilla rotulada, por ejemplo: "Acontecimiento incalificable."

— A ver, á ver. Oír. Callar. Silencio, charlatanas.

Y reinaba un mutismo palpitante, escuchándose tan sólo el retintín de los tijeretazos que cercenaban el rabo de las tagarninas.

— "Acontecimiento incalificable" — repetía

Amparo.—“Se nos asegura que hará dos días entraron tres guardias civiles francos de servicio en el café de la Aurora, y un oficial que allí había los arrestó...”

—Arrestaría, arrestaría...

—Callar, bocas...

—“...los arrestó por tan enorme delito...”

—¿Por entrar en un café?

—¡Y dicen que hay libertad!

—¡Que ha de haberla, mujer!

—“Y preguntándoles la causa de su entrada en el local, le respondieron que su objeto era tomar café. No obstante tan naturales explicaciones, fueron arrestados por tres días, y hasta no faltan personas bien informadas que aseguren se ha dado orden para que los individuos del benemérito cuerpo no puedan entrar en los cafés de la Aurora ni del Norte. De ser cierto, sobre constituir un ataque infundado á los sagrados derechos individuales, lo es también á la industria libre y honrosa de los cafeteros, y...”

—¡Y le resobra la razón, así Dios me salve! ¿Y de qué come el pobre del cafetero si le espantan la parroquia?

—El pillo del oficial, como tiene su paga...

—“...y no encontramos frases suficientes para anatematizar estos atropellos, hoy que la bandera de la libertad nos da sombra con sus pliegues...”

—¡Eso, eso!

—¡De ahí, de ahí!

—Habiendo libertad no hay injusticias. ¡Ole por ella!

—“¿Qué piensan los que así resucitan arranques del agonizante despotismo militar, propios de épocas terroríficas que pasaron á la historia? ¿Se les ha figurado que estamos en aquellos siglos, cuando un señor tenía poder para abrir el vientre á sus vasallos?...”

Aquí se salió de madre el río. Exclamaciones, interjecciones, gritos y risas se cruzaron de un lado á otro; pero las risueñas estaban en minoría; dominaban las horrorizadas. Una vieja medio sorda se hizo una trompetilla con ambas manos, creyendo que sus oídos la engañaban.

—¡Ave María de gracia!

—¡En mi vida tal oí!

—¡Abrir la barriga!

—No sería en tierra de cristianos, mujer.

—¿Y eso fué á los pobrecitos civiles?—interrogó la sorda.

—¡Chsss!—gritó Amparo.—Aquí viene lo bueno, señores: “...abrir el vientre á sus vasallos para calentarse los piés con su sangre...”

—¡Señor y Dios de los cielos!

—Parece que todo el estómago me da una vuelta.

—¡Pobre del pobre!

—¡Cuándo vendrá la federal para que se acaben esas infamias!

Otra cuerda que siempre resonaba en aquel centro político femenino era la del misterio. Cualquier periodiquillo, el más atrasado de noticias, contenía un suelto que, hábilmente leído, despertaba temores y esperanzas en el ta-

ller. Amparo empezaba por hacer señas al concurso para que estuviese prevenido á importantes revelaciones. Después comenzaba, con reposada voz:

—“Atravesamos momentos solemnes. De un día á otro deben cambiar de rumbo los acontecimientos...”

—Lo que yo digo. Esta situación de por fuerza se la tienen que llevar los demonios.

—Hasta que llegue la nuestra...

—No, pues cuando éste lo huele... Por Madrid andará buena la cosa.

—Así los parta á todos un rayo, comilones, tiránigos, chupadores.

—A ver si calláis.

—“La situación está próxima á entrar en el camino que desde el primer día de la revolución debió emprender. Hay que vencer grandes obstáculos...” (Movimiento general.) “Los enemigos encubiertos de la revolución...”

—¿Quién será? ¿Lo dirá por el alcalde?

—No, mujer... Por ese maldito de cuñado de la Reina...

—Y por el Napoleón de allá de Francia, boba, que no nos puede ver.

—¡Chsss! “...de la revolución, están acechando el instante en que poder descargar sobre la situación un golpe decisivo y liberticida. No desmayemos, sin embargo. La revolución pasará triunfante por cima de tanto reaccionario como aparenta servirla con fines siniestros. En donde menos se piensa se esconde la reacción fijando su ojo de tigre...”

—Tiene razón, tiene razón. Está muy bien comparado.

—“...ojo de tigre... en la libertad, para estrangularla. Los más temibles son los que, llegados á la cima del poder, hacen traición á sus antiguos ideales que les sirvieron de pedestal para escalar las grandezas...”

—Si es lo que yo os predico siempre—exclamaba al llegar aquí la lectora, tomando la ampolla.—Los peorcitos están arriba, arriba. Quien no lo ve, ciego es. Interin no agarre el pueblo soberano una escoba de silbarda, como esa que tenemos ahí... (y señaló á la que manejaba la barrendera del taller) y barra sin misericordia las altas esferas... ¡ya me entendéis! El mismo día en que se proclamó la libertad y se le dió el puntapié á los Borbones, había yo de publicar un decreto... ¿sabéis cómo? (la oradora abrió la mano izquierda, haciendo ademán de escribir en ella con una tagarnina): “Decreto yo, el pueblo soberano, en uso de mis derechos individuales, que todos los generales, gobernadores, ministros y gente gorda salgan del sitio que ocupan, y se lo dejen á otros que nombraré yo del modo que me de la realísima gana. He dicho...”

—¡Bien, bien!

—¡Venga de ahí!

—¡Esa es la fija! Y á mí que no me digan...

—¿Pues no estamos viendo, mujer, que hay empleados de los tiempos del espotismo? ¿Se mudó, por si acaso, la oficialidá de los regimientos? Si á hablar fuésemos...

Y la arenga bajó de tono y se hizo cuchicheo.  
 — ¡Si á hablar va uno... aquí mismo... repelo!  
 ¡Mudaron el jefe, por plataforma... sólo faltaba!  
 Pero los subalternos...

Aquí la maestra del partido, mujer alta y morena, de pocas y dificultosas palabras, que solía oír á las operarias con seria indiferencia, intervino.

— A tratar cada uno de lo que le importa... y á liar cigarritos...

— No decimos cosa mala... — alegó Amparo.

— Decir no dirás, pero hablar hablas sin saber lo que hablas... Pensáis que no hay más que mudar y mudar y tener pillos... Aquí se requiere honradez.

— Eso ya se sabe.

— Por de contado que sí... Demasiado.

— Pues el que os oiga... Y vamos acá. Si vierais, como yo vi, el último del mes que se hace el arqueo, la caja abierta, con sacos de lienzo á barullo, á barullo, así de oro y plata... — Y la maestra adelantó los brazos en arco, indicando un vientre hidrópico. — ¿Pues se os figura que si el contador y el depositario-pagador, y los oficiales, y los ayudantes, fuesen, digo yo, fuesen, quiero decir...?

— ¿Fuesen... de la uña?

— ¡Pues! Ya veis que aquí no puede venir cualesquiera. Hay responsabilidad.

## XI

## PITILLOS

Quiso Amparo mudarse de taller, y solicitó pasar al de cigarrillos, donde le agradaba más el trabajo y la compañía.

Entre el taller de cigarros comunes y el de cigarrillos, que estaba un piso más arriba, mediaba gran diferencia: podía decirse que éste era á aquél lo que el Paraíso de Dante al Purgatorio. Desde las ventanas del taller de cigarrillos se registraba hermosa vista de mar y país montañoso, y entraba sin tasa por ellas luz y aire. A pesar de su abuhardillado techo, las estancias eran desahogadas y capaces, y la infinidad de pontones y vigas de obscura madera que soportan la armazón del tejado le daban cierto misterioso recogimiento de iglesia, formando como columnatas y rincones sombríos en que puede descansar la fatigada vista. Si bien en los desvanes se siente mucho el calor, el número relativamente escaso de operarias reunidas allí evitaba que la atmósfera se viciase, como en las salas de abajo. Asimismo la la-



bor es más delicada y limpia, los colores más gratos, y hasta parece que la claridad del sol entra más alegre á bañar los muros. La limpia blancura de los librillos, el amarillo bajo de las fajas, el gris de estraza de las cajetillas, componían una escala de tonos simpáticos á la pupila. Y los personajes armonizaban con la decoración.

Preponderaban en el taller de pitillos las muchachas de Marineda: apenas se veían aldeanas; así es que abundaban los lindos palmitos, los rostros juveniles. Abajo, la mayor parte de las operarias eran madres de familia, que acuden á ganar el pan de sus hijos, agobiadas de trabajo, rebujadas en un mantón, indiferentes á la compostura, pensando en las criaturitas que quedaron confiadas al cuidado de una vecina; en el recién, que llorará por mamar, mientras á la madre le revientan los pechos de leche... Arriba florecen todavía las ilusiones de los primeros años y las inocentes coquetearías que cuestan poco dinero y revelan la sangre moza y la natural pretensión de hermosearse. La que tiene buen pelo lo peina con esmero y gracia, que para eso se lo dió Dios; la que presume de talle airoso se pone chaqueta ajustada; la que sabe que es blanca se adorna con una toquilla celeste.

Por derecho propio, Amparo pertenecía á aquel taller privilegiado.

Encontró en él muy buena acogida y dos amigas: á la una se aficionó de suyo, movida de un instinto protector; llamábanle Guardiania, era

nacida al pié del santuario de Nuestra Señora de la Guardia, tan caro á Marineda, y según ella misma decía, la Virgen le había de dar la gloria en el otro mundo, porque en éste no le mandaba más que penitas y trabajos. Guardiania era huérfana; su padre y madre murieron del pecho, con diferencia de días, quedando á cargo de una muchacha, de dos lustros de edad, cuatro hermanitos, todos marcados con la mano de hierro de la enfermedad hereditaria: epiléptico el uno, escrofulosos y raquíticos dos, y la última, niña de tres años, sordo-muda. Guardiania mendigó, esperó á los devotos que iban al santuario, rondó á los que llevaban merienda, pidiéndoles las sobras, y tanto hizo, que nunca les faltó á sus chiquillos de comer, aunque ella ayunase á pan y agua. Al raquítico dió en abultársele la cabeza, poniéndosele como un odre: fué preciso traerle médico y medicinas, todo para salir al cabo con que era una bolsa de agua, y que la bolsa se lo llevaba al otro mundo. A bien que el médico no sólo se negó á cobrar nada, sino que, compadecido de Guardiania, tuvo la caridad de meterla en la Fábrica, que fué como abrirlle el cielo, decía ella. Después de la Virgen de La Guardia, la Fábrica era su madre. Nunca les había faltado nada á sus pequeños desde que era cigarrera, y aún la sobran siempre golosinas que llevarles; fruta en verano, castañas y dulces en invierno. Amparo saqueaba la caja de los barquillos de Chincho con objeto de enviar finezas á la sordo-muda. El taller entero tenía entrañas maternas

para aquellos niños y su valerosa hermana, afirmando que sólo la Virgen era capaz de infundirle los ánimos con que trabajaba, sostenía las criaturas, y vivía alegre y contenta como un cuco.

Del casco mismo de Marineda procedía la otra amiga de Amparo; aunque frisaba en los treinta, lo menudo de su cuerpo la hacía parecer mucho más joven. Pelirroja y pecosa, descarnada y puntiaguda de hocico, llamábanla en el taller la *Comadreja*, mote felicísimo que da exacta idea de su figura y movimientos. Bien sabía ella lo del apodo; pero ya se guardarían de repetírselo en su cara, ó si no... Ana tenía por verdadero nombre, y á pesar de su delgadez y pequeñez, era una fierecilla á quien nadie osaba irritar. Sus manos, tan flacas que se veía en ellas patente el juego de los huesos del metacarpo, llenaban el tablero de pitillos en un decir Jesús; así es que el día la salía por mucho, y alcanzábala su jornal para vivir y vestirse, y,—añadía ella,—para lo que la daba la gana. Conversaba con causticidad y cinismo; estaba muy desasnada; cogíanla de susto pocas cosas, y tenía no sé qué singular y picante atractivo en medio de su fealdad indudable. Presumía de bien emparentada y relacionada; un primo suyo desempeñaba la secretaría del Casino de Industriales; una tía ricachona vendía percales, franelas y pañolería en la calle estrecha de San Efrén; la mayor parte de sus amigas *costan por las casas*, ó eran oficiales de la mejor modista. Además, conocía mucho *señorio*, del cual hablaba con desenta-

do. ¡Buenas cosas sabía ella de personas principales!

Sentábanse las tres amigas juntas, no lejos de la ventana que daba al puerto. Al través de los sucios vidrios, barnizados de polvo de rapé que se había ido depositando lentamente, y en cuyos ángulos trabajaban muy á su sabor las arañas, se divisaba la concha de la bahía, el cielo y la lejana costa. La zona luminosa de un rayo de sol, bullendo en átomos dorados, cortaba el ambiente, y el molino de la picadura acompañaba las conversaciones del taller con su acompasado y continuo *tacatá, tacatá*. Agitábanse las manos de las muchachas con vertiginosa rapidez; se veía un segundo revolotear el papel como blanca mariposa, luego aparecía enrollado y cilíndrico, brillaba la *uña* de hoja de lata rematando el bonete, y caía el pitillo en el tablero sobre la pirámide de los hechos ya, como otro copo de nieve encima de una nevada. No se sabía ciertamente cuál de las amigas despachaba más; en cambio, á su lado, encaramada sobre un almohadón, había una aprendiz, niña de ocho años, que con sus deditos amorcillados y torpes, apenas lograba en una hora liar media docena de papeles. Guardian la enseñaba y daba consejos,—porque la chiquilla, silenciosa y triste, la recordaba su sordo-mudita, inspirándole lástima,—mientras Ana contaba noticias de la ciudad, que sabía al dedillo. Un día que hablaron de lo que suelen hablar las muchachas cuando se reúnen, la Comadreja confesó que ella “tenía” un capitán mercante, que la traía

de sus viajes mil monadas y regalos, y proyectaba casarse con ella, andando el tiempo, cuando pudiese. En cuanto á Guardiania, declaró que no soñaba con tener novio, pues era imposible; ¿qué marido había de cargar con sus pequeños? ¡Y ella no los dejaba ni por el mismo general Serrano que la pretendiese! Muchos la decían cosas, pero si se tratase de boda, ¡quién los vería echando á sus niños al Hospicio! ¡Ángeles de Dios! Y pensar que ella se metiese en malos tratos, era excusado; así es que nada, nada; la Virgen es mejor compañera que los hombrones. Animada por las confidencias, Amparo insinuó que á ella un señorito, un militar, la seguía alguna vez por las calles.

—Ya sé quién es—chilló la *Comadreja*.—Es el de Sobrado.

—¿Quién te lo dijo, mujer?—exclamó Amparo maravillada.

—Todo se sabe—afirmó magistralmente Ana. —Pero, ¡estás fresca, hija! Ese lo que quiere es pasar el tiempo, y á vivir. ¡Buena gente son los Sobrados! Los conozco lo mismo que si viviese con ellos, porque justamente la que les cose es hermana de una amiga mía íntima. Avaros, miserables como la sarna. La madre y el tío son capaces de llorarle á uno el agua que bebe; el padre no es tan cutre, pero es un infeliz; lo tienen dominado, y pide permiso á su mujer cuando corta pan del mollete. Para hacerles á las hijas un vestido, echan cuentas seis meses, y á la chica que llaman á coserlo la hacen ir tempranísimo, para sacarla bien el jugo. Un día

de convite parece que echan la casa por la ventana; pero todo se recoge, y no va á la cocina ni tanto así. Y están achinados de dinero.

Amparo oía atónita. Nada más ajeno á su carácter rumboso, imprevisor, que la estrechez voluntaria.

—La madre... ¿ves aquella risita falsa? pues es terrible. No puede entrar en su casa una muchacha regular; en seguida abrasa al marido á celos. Esta chica que les cosía no pudo aguantar... Allí no hay nadie bueno sino la chiquilla mayor.

—Nos dió dulces una vez... es bien natural—respondió Amparo, que sintió cruzar por su espíritu la visión de la noche de Reyes.

—¿Esa? Una santa... y no le hacen caso ninguno. La segunda, idéntica á su madre: la preguntaron un día con quién se había de casar, y dijo: "Con el tío Isidoro, que es rico." ¡El hermano de su padre, aquel viejo gordo que parece una tinaja!

Guardiana soltó el trapo á reír con la mejor voluntad del mundo; Amparo, acordándose de una frase leída en un periódico, exclamó:

—¡Pero ha de poder tanto el vil interés!—Y meneando la cabeza, añadió:—Lo diría de broma, mujer.

—¡Sí, sí... buena broma te dé Dios! En esa familia todos son iguales, mujer; cortados por una tijera. Pues no digo nada del señorito, de tu adorador. Hace la rosca á la chiquilla de García, una empalagosa que no piensa más que en componerse y no sabe dar una puntada; pero

el asunto es que se la hace por lunas, porque esas de García... ¿No te gusta el cuento?

—Sí, mujer—gritó la oradora amostazada.—  
¿Piensas tú que estoy muerta por semejante muñeco? Vaya, que me das gana de reir. Cuenta, mujer, que también se pasa el tiempo.

—Digo que le hace la rosca por lunas, porque esas de García tienen allá un pleito en Madrid, de no sé qué intereses del marido, que era corredor y se metió en una sociedad por acciones... en fin, no será así, pero es lo mismo. Si ganan, quedarán millonarias ó poco menos, y cuando hay esperanzas de eso, la madre del de Sobrado le manda que se arrime á la doña Melindritos, y cuando viene de Madrid una mala noticia, que se desparte... ¡Uy, qué tipos!

Amparo, con la cabeza baja, enrollaba á más y mejor, febrilmente. Guardiania se hacía cruces.

—Es una pobre...—murmuraba.—Es una pobre, y no será capaz de acciones así...

—¿Y el otro?—siguió la implacable Comadreja, que estaba ya resuelta á vaciar el saco.—¿Y el amigote, el de los bigotazos, que parece que habla dentro de una olla?

—¿El que le llaman Borrén?

—Ese, ese... Un baboso con todas; á todas nos dice algo, y el caso es que con ninguna, chicas. Podéis creerme: ni esto. Tan aficionado á jarabe de pico, y tiene más miedo á una mujer que á los truenos.

Detúvose la Comadreja, y mirando fijamente á Amparo, añadió:

—Tú aún tienes otro obsequiante, pero te callas.

—¿Quién, mujer?

—El barquillero. ¡Sí, que no está derretido por ti!

—¡Aquel animal!—exclamó Amparo.— Parece una patata cruda... mujer, hazme más favor.

AQUEL animal trabajaba entre tanto á más y mejor. Si faltase él, ¿quién había de encargarse de toda la labor casera? Muy cascado iba estando el señor Rosendo, y la tullida á cada paso se hallaba mejor en su cama, y se extendía entre sábanas más voluptuosamente, al ver el ademán de fatiga con que soltaba su marido el cilindro por las noches. Y cuenta que de algún tiempo acá, el señor Rosendo no fabricaba barquillos sino en casos de gran necesidad, porque el fuego le inyectaba la tez, le arrebatava y sofocaba todo. Pero allí estaba Chinto para dar vueltas á la noria, y ser panacea universal de los males domésticos y comodín servicial y aplicable á cuanto se ofreciese. No sólo se levantaba con estrellas, á fin de emprender la labor de Sísifo de llenar el tubo—labor que desempeñaba con mecánica destreza y rapidez—sino que antes de salir á la venta, quedábale tiempo de barrer el portal y la cocina, de limpiar los chismes del oficio, de ir por agua á la fuente, por sardinas al muelle ó al mercado, y

freirlas luego; de arrimar el caldo á la lumbre, de partir leña; de cumplir, en suma, todas las tareas de la casa, incluso las propiamente femeniles, porque traía en la faltriquera un dedal perforado y un ovillo de hilo, y en la solapa, clavada, una aguja gorda; y así pegaba un botón en los calzones de su principal, como echaba un gentil remiendo de estopa en su propia morena camisa. Y si no se ofrecía á coser las sayas de Amparo y no la hacía la cama, era por unos asomos de natural y rústico pudor, que no faltan al más zafio aldeano. A la tullida la daba vueltas, la sacudía los jergones, y la sacaba en vilo del lecho, tendiéndola en un mal sofá comprado de lance, mientras se arreglaba su cuarto.

Lo gracioso del caso está en que, siendo el paisanillo tan útil, por mejor decir, tan indispensable, no hubo criatura más maltratada, insultada y reñida que él. Sus más leves faltas se volvían horribles crímenes, y por ellos se le formaba una especie de consejo de guerra. Llovían sobre él á todas horas improperios, burlas y vejaciones. La explotación del hombre por el hombre tomaba carácter despiadado y feroz, según suele acontecer cuando se ejerce de pobre á pobre, y Chinto se veía estrujado, prensado, zarandeado y pisoteado al mismo tiempo. Le habían calificado y definido ya: era un mulo, y nada más que un mulo.

Acertó un día Chinto á volver unas miajas más tarde de lo acostumbrado, y acercóse á la cama de la tullida para vaciar sus faltriqueras,

donde danzaban los cuartos de la colecta diaria. Encontrábase allí Amparo, y la dió al punto en la nariz un desusado tufillo. Por sorprendente que parezca la noticia, la acuidad del sentido del olfato es notable en las cigarreras: diríase que la nicotina, lejos de embotar la pituitaria, aguza los nervios olfativos, hasta el extremo de que si entra alguien en la Fábrica fumando, se digan unas á otras con repugnancia: —¡Puf, huele á hombre!— Así es que Amparo solía apartarse de Chinto—aunque sea inverosímil—repelida por el olor de las malas colillas que chupaba en secreto; pero lo que á la sazón percibía era peor que el tabaco; así es que pegó un brinco.

—¡Vete de ahí—le gritó;—véte, maldito, que nos apestas! ¡Anda, pellejo, despabilate!

Chinto la consideraba atónito, con los brazos colgantes, abriendo cuanto podía los ojos, cual si por ellos oyese.

—Que te largues; ¡repelo contigo! que no se aguanta ese olor: confundes á la gente.

—¿A qué apestas, demontre?—preguntó la tullida.—Serán esos puros del estanquillo.

—¡No, señora, que es á vino!—exclamó Amparo.

—¡A vino!—clamó la impedida alzando los brazos tan escandalizada como si ella sólo catase el agua, porque en el pueblo los viejos, con sinceridad completa, se otorgan á sí propios el derecho de “echar un trago”, que niegan á los mozos.—¡A vino! ¡Tú quíereste perder, condenado!

—Yo... pero yo... quíerese decir que yo...— balbució Chinto abrumado por el peso de su culpa.

—¡Aún tendrás valor para contar mentira!— chilló la enferma. —¡Llégate acá, bruto! (Chinto se llegó compungido.) —Echa el aliento. (Chinto lo echó.)—Más fuerte, más fuerte... (Y la tullida asió de los indómitos pelos al aldeano y le obligó, mal de su grado, á carearse con ella.)—¡Puf! ¡Pues es verdá y muy verdá! ¿Dónde te metiste? ¿Andas ya arrastrado por las tabernas, bribón?

—Yo... no, no fué cosa mala ninguna... no fué perrita, ni licor... Fué...

—Cuenta la verdad, borrachón de los infiernos, como si estuvieses difunto en el tribunal del divino Señor...

—No fué nada más sino que encontré un amigo de allí... de la Erbeda, que cayó soldado... allí... me convidó, me dijo así:—¿Quieres una chiquita?—Y yo... allí, le dije:—Bueno.—Y él me llevó allí... á casa de...

—¡Calla, calla y recalla ya, que siquiera sabes lo que dices, con la mona que traes á cuestras... Como otra vez te vea yo así perdido de vino, he de decirle á Rosendo que te arree una tunda con la correa de la caja, que te has de chupar los dedos; chiquilicuatro, mocosos, viciosón! Convidarte ¿eh? Me convides. ¡Quien te da vino, no te da pan; mulol! ¡Anda fuera, que me mareas la cabeza toda!

Amparo ejecutó el decreto materno empujando á Chinto por los hombros á las tinieblas ex-

teriores del portal, y Chinto, resignado, optó por acostarse. Lo único que sentía confusamente era no poder ver á la muchacha un rato. Ahora le entretenía casi tanto mirar á Amparo, como antes contemplar la rueda del amolador y la bahía. Admirábale á él, rudo y tardío de habla como suele ser el aldeano, la facilidad y rapidez con que la pitillera se expresaba, la copia de palabras que sin esfuerzo salían de su boca. Si lo que experimentaba Chinto era enamoramiento, podía llamarse el enamoramiento por pasmo. Ello es que se le venían con frecuencia suma impulsos de tratar á Amparo como á las chiquillas de su aldea las tardes de gaita; de pellizcarla, de soltarla un pescozón cariñoso, de echarle la zancadilla, de darla un varazo suave con la recién cortada vara de mimbre. Pero tan osados pensamientos no llegaban á realizarse nunca. Amparo sí que solía empujar á Chinto, y no por vía de halago, bien lo sabe Dios, sino de pura rabia que le tuvo siempre. Si pudiese leer en el alma del labriego, adivinar cómo le hervía la sangre al acercarse á ella, le hubiese cobrado asco, amén del odio inveterado ya.

Para Amparo, hija de las calles de Marinada, ciudadana hasta la medula de los huesos, Chinto era un ilota. Alguna duquesa confinada en obscuro pueblo, después de adornar los saraos de la corte, debé de sentir por los señoritos del poblachón lo que la pitillera por Chinto. Enfadábale todo en él: la necia abertura de su boca, la pequeñez de sus ojos, lo sinuoso y desgarr-

bado de su andar, su glotona manera de comer el caldo. La entraban irritaciones sordas á la vista de objetos dejados por él, un par de zapatos viejos y torcidos, una faja de lana roja pendiente de una percha, una colilla negra y pegajosa, caída en el suelo. Y fortificaba su antipatía el que Chinto, con la desconfianza socarrona propia del labriego, lejos de resolverse á aceptar los ideales políticos de Amparo, daba á entender, á su modo, que le parecía huero y vano todo el bullicio federal. Con risa entre idiota y maliciosa, solía decir á veces á la muchacha:

—Andas metiéndote en cuentos... Aún han de venir á buscarte los civiles, para te llevar á la cárcel...

## XIII

## TIRIAS Y TROYANAS

TAMBIÉN en la Fábrica observaba Amparo que las aldeanas eran las menos federales, las menos calientes. Llenas de escepticismo y de picardía, decían meneando la cabeza que á ellas la república "no las había de sacar de pobres". Alguna tenía sus puntas y ribetes de reaccionaria; y en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalista del labrador, agobiado siempre por la suerte, persuadido de que si las cosas se mudan, será para empeorarse. No se arrancaba de ellas la más leve chispa de fuego patriótico; empeñábanse en no exaltarse sino cuando viesan que iban á menos las contribuciones y á más los frutos de la tierra. Así es que en la Fábrica gozaban de detestable reputación, y eran tachadas de ávidas, tacañas y apegadas al dinero, y acusadas de cebarse en la ganancia abandonando su casa por un ochavo, al par que las de Marineda se jactaban de rumbosas y se preciaban de mejores madres. No obstante, pronunció la revolución tres palabras áureas que conmovieron á todas: "¡no